

ASCENCIO, MICHELLE. (2015). *El circo*. Caracas: Editorial Alfa.

La “vida suspendida” en *El circo* de Michaelle Ascencio

A Gallegos lo tumban porque
Venezuela no tiene alma literaria
Elisa Lerner, 2016

¿Qué viven quienes viven tiempos turbios en su país? Tal vez sea esta la pregunta que impulsó a Michaelle Ascencio a escribir *El circo*, su último libro. La novela presenta los destinos de varias familias en suelo venezolano entre los años del golpe de Estado a Rómulo Gallegos en 1948 y el fraude electoral que comandó Pérez Jiménez mediante la Junta de Gobierno en 1952. Son los años en los que el control político va de un lado a otro como si fuese un acróbata y de los que se sirve la narración para cuestionarse sobre cuán ocupada está la vida doméstica por un régimen en tiempos convulsos para la democracia.

Las intrigas familiares serán el sostén de esa interrogación. La novela empieza con la historia de la adopción de Belinda, una de las protagonistas. Floriana narra las razones de Anela, mamá de Belinda, para dejar a la niña en manos de otra persona. Considera que el circo donde trabaja Anela como trape-cista, no es buen lugar para una niña. Floriana acepta embarcarse con su familia y la niña en un barco que parte de Santo Domingo a Venezuela y allí Yolanda, caraqueña de amplio estoicismo, decide criar a la niña. Así la historia de esta adopción también se convierte en la historia de una migración: la del circo que no tiene fin; y la de Floriana que parte de Santo Domingo y se establece en Venezuela. También este inicio nos prepara para uno de los temas de peso en la novela: la migración y la mirada de quienes deben “adoptar” una nueva tierra. Es un tema que tendrá una representación sólida en personajes como Monique, quien viene de las Antillas francesas, y en los migrantes italianos.

La narración se sostendrá principalmente mediante las voces de Floriana y Yolanda, quienes relatarán las historias de las pequeñas sagas familiares de los nativos y extranjeros que tratan de prosperar en Caracas. Por lo tanto, el arco narrativo de la novela se abrirá con la llegada de Floriana a Caracas acompañada por Belinda y se cerrará con la infancia de Maya, la hija de esta última. Allí se concentran las descripciones sobre los referentes de la Caracas de aquel momento: se mencionan lugares como el Club Venezuela, la Academia de Secretariado Comercial, la construcción del Centro Simón Bolívar; referentes

culturales como la temporada de Chico Carrasquel, la novela *Tamakún*, la llegada de la Coca-Cola y, sobre todas ellas, hay una destacada mención de artefactos y productos modernos que inundan la ciudad: carros, vestidos, electrodomésticos, joyas. Estas descripciones le servirán de apoyo a la narración para sustentar en detalle el tiempo histórico en el que se inscribe la novela. Por fortuna, el acopio de datos sobre ese tiempo, resaltado por Ana Teresa Torres en el prólogo al libro, no interfieren con el desarrollo de la historia o de los personajes y el lector podrá sentir que esos referentes están vertidos allí no tanto por nostalgia como para recordar con delicadeza la intimidad de un tiempo que ha sido oscurecido o absorbido por la historia política.

Tal vez las historias de Monique y su familia están para aportar un sentido de novedad a la ciudad que cambia, al país que se moderniza. Monique, vecina de Yolanda y recién llegada de Isla Galante, es costurera y con lo poco que gana haciendo vestidos no sólo mantiene a su hogar sino que también se pasea por las vitrinas de las grandes joyerías de Caracas. La ciudad va ampliando sus espectros a medida que Monique la recorre con su mirada de migrante (con los paseos de Floriana sucede algo parecido). Por otro lado, también es válido conjeturar que la inclusión de Monique no sólo demuestra la inteligencia de Ascencio para construir la historia. Es también un homenaje que la autora le rinde a un tema que atraviesa a sus otras obras como si se tratase de un pasillo por el que caminase a gusto la antropología, la historia y la ficción: el Caribe y sus complejos. Así, vemos a una Monique que no renuncia a su lengua, pero que tampoco machaca el español y que pelea sus orígenes como si se tratase de una actitud que la hará resaltar del lugar que ocupa en la sociedad. Por eso le dice a Yajaira, otra vecina, en algún momento de la novela que: “Nosotros somos de Isla Galante, pero no somos negros” (p. 23). Negros sí son, para ella, los de Cuba y Puerto Rico. Los lectores de libros como *Amargo y dulce* (2002), *Mundo, demonio y carne* (2005), *Las diosas del caribe* (2007) y en *De que vuelan, vuelvan: imaginarios religiosos venezolanos* (2012) tendrán una ampliación del tema caribeño en esta novela.

Pero la fuerza está en la penetración de los conflictos políticos en el ámbito doméstico. La novela abre en el final de la presidencia de Gallegos, período que se distinguió por la acelerada “creación de las instituciones de la democracia representativa en Venezuela” (Stambouli, 2002, p. 49) y cierra -prácticamente en las dos últimas páginas- con el afianzamiento de la dictadura militar luego de propiciar un fraude electoral en un terreno político que ya venía demoliendo las instituciones democráticas ganadas en el período anterior. Los tiempos que

se viven son tiempos de incertidumbre y los personajes los resienten en sus diálogos, para los que, dicho sea de paso, Ascencio muestra una gran habilidad. Es habitual encontrarse con diálogos como el siguiente: “Ay, señor Renato, gracias a Dios que llegó. ¿Es verdad que le dieron un golpe al presidente?”, le pregunta Floriana a Renato (p. 57), a lo que Renato, otro vecino, le responde: “Hay un tráfico espantoso, Floriana; la gente anda de un lado para otro; algunos almacenes cerraron desde el mediodía” (p. 57). Aquí, la evasión de Renato es fundamental para develar la comprensión de Ascencio del período, pues la evasión -¿o la falta de claridad?- de Renato no son tanto una complicidad o una muestra de ignorancia ante el régimen: son muestras de actitudes ciudadanas en las que las incertezas y las conjeturas se apropian de las voluntades. El miedo y la desconfianza también se apoderan de la escena.

El circo no es una novela de resistencia, de grandes fastos históricos, o de canciones de gestas: es una novela de porches y salas. Allí es en donde más suceden las acciones. Es como si para Ascencio la memoria de una democracia amenazada y una dictadura que se afianza sucede en el hogar y en las zonas de vecindad, como si ambos fuesen lugares no sólo afectados por la dictadura -es evidente en la descripción de las casas opacidad y la oscuridad que las rodean- sino también los únicos lugares en los que se puede dialogar sobre ella.

Tal vez así logremos comprender la advertencia de Ana Teresa Torres en su prólogo a la novela al considerar que “no hay grandes héroes en la novela; la novelista les da a sus personajes un tono menor y les permita hablar a media voz en la trastienda de una librería, o en las salas de sus casas” (p. 10). Que en la novela no hayan grandes héroes no implica una debilidad: el lector podrá suponer que es una manera que tuvo Ascencio para comprender que en tiempos inciertos, escurridizos para la razón y las voluntades, quien dará la “pauta” de lo vivido no serán las grandes figuras históricas sino la rapsodia de voces que vendrán a ofrecer, cada una, sus decisiones, conjeturas y destinos. De allí también que no esté organizada por capítulos, no existan marcas para la entrada de cada voz y la narración oscile entre la primera y la tercera persona.

En la novela, los destinos de Belinda y Florencia -apartadas de la lucha por la democracia- tienen tanto rango y valor como los de Elodio y Víctor, que sí están metidos en ella. Las descripciones de las vivencias de cada uno de ellos tienen en la narración un espacio semejante, como si para Ascencio cada destino tuviese su valor y honra en esos tiempos, sin importar cuán cercano o no se esté

a la lucha. La madurez de Belinda y la perplejidad de Yolanda ante ella son tan vitales como el apresamiento de Víctor.

Con todo, es posible rastrear el desagrado por la bota militar. Elodio, el hijo de Yolanda, aunque el menos querido, se presenta como un arribista que entra en la Guardia Nacional para aprovecharse de la posición de los militares en la sociedad y en quien el sadismo y el odio operan como impulsores de sus acciones. Tanto es así que él revela en algún momento que decidió echar el “pitazo” sobre una emisora clandestina sólo para que una de las esposas de los convictos se quedase sola “Ahora sí te tengo en mis manos, venadita, con las que te tengo”, dice (p. 91). En su nombre, Elodio, El-odio, es posible que se cifren los aprecios de la autora ante los militares del régimen.

Al ser una novela rapsódica, *El circo* gana en pluralidad y complejidad en el abordaje de sus temas, pero pierde en coherencia. La primera impresión de los lectores al acercarse al final será seguramente que quedó inconclusa y que hay algunos nudos -la libertad de Víctor, por ejemplo- que se anuncian en el transcurso del relato pero que no tienen desenlace. Esto tal vez se deba a que la muerte de la autora fue una sorpresa tanto para sus lectores como para sus personajes. ¿Podemos imaginar *El circo* como la primera novela de una serie que seguiría relatando las peripecias del país bajo la dictadura -ahora sí sin medias tintas- de Pérez Jiménez? Pero este suspenso en el que concluye la novela es también un apoyo para la metáfora que la sostiene y en la que tal vez esté implicada la conjetura de Ascencio ante quienes viven tiempos turbios en su país. Así como Anela, la madre de Belinda, vive una vida suspendida entre trapecios, así también viven una vida desprendida, alejadas de sus decisiones y certezas, con el riesgo de no saber cuándo van a caer siempre rodeándolos.

REFERENCIAS

Stambouli, A. 2002. *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Torres, A.T. 2006. Prólogo. En Ascencio, M. *El circo* (pp. 5-10). Caracas: Editorial Alfa.

Reseñado por Luis Barboza
Universidad Central de Venezuela
luisbruz@hotmail.com